

vidado de que estamos en la ópera.—G.—Tienes razon; mas el hambre es capaz de hacer hablar á los muertos; doblemos la hoja sobre ese punto, y continuemos.

ESCENA IV.

E.—Concluyó el duo entre Nineta y el judío Isaac. ¿Qué siguió despues?

G.—Gran plaza enteramente despejada: en segundo término, perspectiva de calles enteramente solas, puertas y ventanas cerradas, una ó otra entreabierta, y una media cara espiando con mucha precaucion: coro de diablos armados, cantando aquel con que comienza la ópera *los Capuletos*, que dice:

La aurora sale apenas,
Y reunidos ya estamos.
¿Qué hay, pues? Frecuentes órdenes
A vosotros se enviaron,
Ya gefes y soldados
Ocupan la ciudad.

E.—¿Dios nos asista! Pronunciamiento tenemos.

G.—¿Pues no lo hemos de tener, si la ópera así lo requiere? No haya pronunciamiento y ¡a Dios ópera!

E.—Casi, casi sucede lo mismo acá en el mundo; quiero decir, en nuestra tierra. Allá en el teatro se forma una ópera de un pronunciamiento, y aquí todo pronunciamiento forma una ópera.

G.—Dices muy bien.—Una revolucion es una verdadera composicion música: comienza por *largo* ó *largueto* (*larghetto*), es decir, las proclamas, las contestaciones, los emisarios mútuos entre el gobierno y los pronunciados: si no hay convenio, sigue el *andante*, ó *andantino*, esto es, la guerra mas ó menos viva, segun la oportunidad y los recursos de los beligerantes; y termina todo con un *alegro* de parte de los que ganan, ó una *fuga* respecto de los que pierden. ¿No es verdad?

E.—Sí lo es; pero añade, algunos muertos, heridos, faroles quebra-

dos y edificios maltratados, principalmente el pobre palacio, que siempre es el *Lázaro que padece*.

G.—¡Pobre palacio! El es una miniatura de lo que sucede á la nacion en un pronunciamiento.

E.—Esplicame cómo es eso.

G.—Escucha. En toda revolucion queda el palacio bastante agugero, y aun á veces con un pedazo menos. El que gana le tapa los agujeros del mejor modo que puede, le da su blanqueada y su pintada, y ya lo tienes *pintiparado* para otra revolucion. Lo mismo acontece á la república: cada revolucion le hace nuevos agujeros: el que obtiene el triunfo se los tapa, y luego le da su blanqueada y pintada con una proclamita, en que sirve de lechada la opinion de los pueblos, y de colores, su felicidad, el respeto á las leyes, las garantías de los ciudadanos, &c., &c. Mira si no dije bien cuando presenté al palacio como una miniatura de la nacion en cuanto á pronunciamientos y revoluciones.

E.—Perfectamente dicho. Y lo que es mas sensible, que muchas de ellas son de compadres, aunque los agujeros positivos son de la nacion.

G.—Tengo eso por tan cierto, que yo de buena gana designara una plaza pública, v. g. la de *Juan Carbonero*, y la bautizara con el nombre de Plaza de trofeos: en ella se colocaria una lápida en cada revolucion que hubiera, en la cual lápida únicamente se pondria: año de mil ochocientos y tantos; y en seguida aquella cuarteta de soneto con su epígrafe, que en la ópera *la Matilde* canta el poeta chavacano D. Isidoro, y dice:

*A la victoriosa victoria en que el vencedor
venció á los vencidos.*

SONETO ROMANTICO.

Al tarán, tararán de los tambores,
triquitrac de espada ó fulgorosas,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES",

17^{mo} de Mayo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Caían hombres, cual caen marchitas rosas
Al soplo de los vientos silbadores.

E.—Mas entonces no designabas quién había hecho la revolucion, cómo y con qué fines.

G.—Las revoluciones se parecen todas como un huevo á otro. Las hace siempre el que tiene mas fuerza que su contrario. ¡Cómo? Parte á balazos y parte con maña. ¡Con qué fines? Con el de redimir á la nacion de la opresion en que yacia, y proporcionarle su libertad. Así que, no hay otra diferencia entre revolucion y revolucion que la fecha, el mayor ó menor tiempo que dura, y una docena de muertos mas ó menos.

E.—¡Ah! ¡Si no fuera tan esacta la pintura que has hecho! Pero nos detenemos mucho y no acabamos. Continúa.

ESCENA V.

G.—Continúo. El foro representaba una casa de campo, en la que en un salon se manifestaba una mesa espléndida, y ricamente vestidos de todos colores muchos personajes, sentados en derredor de ella, los cuales cantaban la última escena de *Tebaldo é Isolina*, y con mucho entusiasmo los trozos siguientes:

Acábense los ódios,
Triunfen amor y paz....
Unámonos por siempre
En amor y amistad.
¡Cuán dulce al corazon
Despues del cruel tormento
Es el tierno momento
Que nos hace alegrar!
Hagan la paz y amor
Nuestra felicidad:
Hagan la paz y amor
Felice nuestra edad.

E.—Me parece que estoy viendo el fin de todas nuestras revoluciones. Todas tienen una misma causa, un mismo principio, un mismo medio, y un mismo fin, que es el que los dos partidos beligerantes se dan un abrazo fraternal, y acabó todo.

G.—Muchas veces mas valia no haber empezado, porque para quedar lo propio, y algunas ocasiones peor que antes, inútilmente han bajado al Orco las almas de algunos fieles difuntos, y han quedado bien maltratados otros fieles que no son difuntos.

E.—Siempre que una revolucion no sea movida por un verdadero patriotismo, por un deseo sincero de mejorar la suerte de la patria, con un sumo desinterés en los que la hacen, con planes bien combinados en los que la dirigen, y sin la mas pequeña dosis de aspirantismo, es en vano buscar el remedio en las revoluciones, y mas vale no hacerlas.

G.—Pero ¡no ves que una revolucion que tuviera los caracteres que has indicado, seria la última, porque cerraria indefectiblemente la puerta á las demas, como que debia dar por necesario resultado el que el órden se estableciera y la paz se consolidara, y entonces se nos acababa la diversion? Mira, mejor es que haya una revolucion cada año. Cuando se acaba alguna, nos quedamos como los comediantes en la cuaresma, ociosos, tristes, sin tener con que distraernos; pero ahí tienes que empiezan á correr voces de que Fulano se ha pronunciado en tal parte; que por cartas fidedignas se sabe que Citano se ha pronunciado en tal otra; que anoche le han llegado al gobierno tres extraordinarios, y no se ha podido *oler* lo que contienen: no hay remedio, *ciertos son los toros*; y en efecto, á poco aparece en un impreso anónimo el *programa*: comienzan las contestaciones entre los pronunciados y el gobierno: no hay *acomodamiento*: pum, pum, allá van los balazos: los hijos de Marte corren al campo del honor bajo sus respectivas banderas: los hijos del santo temor del prójimo se archivan en sus casas, ó en otras, si no consideran á las propias bastante seguras: de repente repique á vuelo y cohetes. Ahora sí, triunfo tenemos,

ó por lo menos capitulacion. Entra á tomar posesion de palacio el que ha de entrar, es decir, el vencedor que venció á los vencidos: patrullas por aquí y por allí para conservar el órden: mutacion de personajes, cediendo el puesto los antiguos á los nuevos: almuerzo en Tacubaya, San Angel, ó San Agustin de las Cuevas: abrazo fraternal: funcion de teatro extraordinaria en obsequio del que ha ganado. Acabó la comedia, cayó el telon, y á Dios amigos, hasta el año que viene.

E.—Has hablado como un necio; y si conociera yo que hablabas de corazon, ahora mismo quedaban nuestras amistades quebradas para siempre; porque hasta cuando se dicen de burlas, me incomodan semejantes cosas.

G.—Pues para no incomodarte, variemos la escena.

E.—Sí, sí variála.

ESCENA VI.

G.—Decoracion de una casa particular: un gabinete regularmente adornado: varios diablos *rabones* y bien vestidos, que entonaban *sotto-voce* aquello que canta Assur cuando ve que Semíramis lo pospone á Arsaces, que es como sigue:

Así se pueden burlar

Mi esperanza y mis derechos.

Sobre nosotros, ¡ó dioses!

Un escita reinará,

Y Asiria lo sufrirá.

E.—Me ha llamado la atencion esa circunstancia que marcast al referir la decoracion, de que los diablos que figuraban en esta escena eran rabones. ¡Fué esa espresion casual, ó la indicaste á propósito?

G.—La indiqué á propósito; porque esos diablos cantantes, eran unos diablos *descolados*.

E.—¿Qué quiere decir eso?

G.—Quiere decir, que habia en el infierno unos diablos cantantes que fueron los primeros promovedores de la ópera, creyendo unos que los nombrarian los demas por directores de ella, otros que serian *sopranos*, otros *contraltos*, otros *tenores*, y todos quedaron como vulgarmente se dice, *chabos* ó *descolados*, pues á duras penas vinieron á servir de coristas.

E.—Si no fuera por no esponerme á que me vuelvas á dar una cólera, te diria que esos diablos descolados eran retratos fieles de algunos revolucionarios.

G.—No temas que te de cólera alguna, porque estamos perfectamente acordes en lo que dices, y yo habia hecho esa misma reflexion cuando presencié la ópera. En efecto, en las revoluciones entran muchas personas creyendo que van á ser nada menos que presidentes de la república; otras, generales de division, ó de brigada; otras obtener un empleo pingüe y honroso; y ¿qué sucede? que ven burladas sus esperanzas como Assur. Entonces comienzan á levantar el grito hasta los cielos, quejándose de las injusticias de la tierra. Yo fui de primera época en este pronunciamiento, y me veo postergado á Fulano, que no ha trabajado nada. Pues á mí me sucedió peor, dice otro; yo seduje tal regimiento, yo proporcioné tantos caudales, yo convencí á Citano que no queria tomar partido; yo frustraba las medidas del gobierno, al que aparentaba fidelidad, y por debajo de cuerda estaba en combinacion con los pronunciados; y ¿qué fruto he sacado despues de todo? Que uno que nos batió hasta los últimos instantes se haya llevado el empleo que yo pretendia; que otro que no quiso trabajar en lo mas pequeño por nosotros, esté hoy colocado sobre nosotros. Y ¿quiénes son esos individuos? Unos tontos, unos cobardes, unos caribes, escitas: y ¡la nacion sufrirá estas injusticias?.... *Da capo*.

¿Y un escita reinará?

¿Y Asiria lo sufrirá?

E.—Bien merecido lo tienen esos Assures. En su delito llevan la

pena. Si hubieran sido impulsados por solo el bien de la patria, no se quejarían despues, de verse sin el empleo á que aspiraban, pues que entonces sus miras habrian sido que los obtuvieran, no ellos precisamente, sino los que los merecieran por su aptitud, y los desempeñaran con provecho de la sociedad. ¡Qué bien dice Samaniego en una de sus fábulas!

Así viven y mueren cada dia
En su guerra interior los palaciegos,
Que con la emulacion rabiosa ciegos
Al degüello se tiran á porfia.

ESCENA VII.

G.—Pues aquí vienen otros aprendices de palaciegos, que tratan de hacer carrera por la literatura.

E.—¿Cuáles son esos?

G.—Aguárdate, te presentaré primero la decoracion. Apareció una oficina de imprenta, en la que habia varios diablos manchados con tinta, que estaban muy afanados, en ademan de copiar en unos papeles pautados la ária de *D. Basilio* en el *Barbero de Sevilla*, la que al mismo tiempo cantaban, y comienza así:

La calumnia es vienteçillo,
Es un soplo harto gentil,
Que sin sentirse, sutil
Blandamente, dulcemente
Da principio á susurrar:

y termina de este modo:

Al fin rebosa y revienta,
Se propaga, se acrecienta,
Y produce una esplosion
Como un golpe de cañon.

Un temblor, un temporal,
Un tumulto general
Que hace el aire rimbombar,
Y el infeliz calumniado,
Confundido, atropellado
Por el público desprecio,
Por gran suerte va á acabar.

E.—Apostaré mis dos orejas contra medio real á que esos diablos eran periodistas.

G.—Adivinaste. Periodistas.---pues.---pero no solo periodistas, sino.---señores periodistas.

E.—Ya te comprendo, de estos que tienen bien cubierta la retaguardia. ¡Cuánto se degrada cualquiera causa, cuando se sostiene con calumnias é injurias y no con razones! Y si la causa es mala, es doble la falta. No sé cómo hay personas que preciándose de tener talento, se valgan de semejantes armas contra los que reputan por contrarios suyos, solo porque no acatan servilmente sus opiniones. Y ¡qué tal cantaban esos diablos?

G.—Muy desafinados. El auditorio comenzó á bostezar y á ver para otro lado, manifestando en esto su disgusto.

E.—Esta es la suerte de los calumniadores. Cuando creen que alucinan al público con sus falsedades y dieterios, no consiguen otra cosa que el desprecio universal.

G.—Así sucedió puntualmente á nuestros susodichos diablos.

E.—¿Cómo estuvo eso.

G.—¿Cómo habia de estar! De esta manera. La mitad de los diablos que aparecieron en la escena formaba un coro, y la otra mitad otro. Luego que el primero cantó lo referido, el segundo, que los habia estado oyendo con cierta especie de indiferencia, cantó el final de la *Clotilde*, cuya letra es la siguiente:

Vil calumnia, adversa suerte,
En los lances mas horrendos,

Espera en vano y pretende
A el alma fuerte humillar.
La inocencia Dios defiende,
La virtud hace triunfar.

E.—Muy bien dicho, muy bien dicho.

G.—No solamente tú eres de ese parecer, sino todo el auditorio que asistió á la ópera, el cual comenzó luego á palmoear, y cayó el telon.

ACTO SEGUNDO.

TRAGICO=HEROICO.

ESCENA I.

G.—En el intermedio del primero al segundo acto, se tocó la obertura del Tancredo; no faltaron algunos diablos mordaces que tuvieron esto por parodia de algunos de nuestros trastornos políticos, pues que en la citada ópera triunfan el valor y la virtud, de la fuerza y de la intriga, lo que, como sabes muy bien, no siempre sucede entre nosotros; por lo que uno de los mejores poetas españoles, y ademas muy piadoso, exclamó:

Dime, Padre comun, pues eres justo,
¿Por qué ha de permitir tu providencia
Que arrastrando prisiones la inocencia
Suba la fraude á tribunal augusto?

Y concluyó diciendo, que semejantes cosas acontecen porque el mundo es un lugar de destierro, en donde nos ejercitamos en la paciencia, para merecer entrar triunfantes en nuestra verdadera patria.

E.—Es evidente cuanto dice ese poeta; mas dejémonos de reflexiones morales, y vamos al asunto.

G.—El foro presentaba una gran plaza, rodeada de edificios magestuosos, y en un ángulo de ella se levantaba un antiguo castillo de irregular arquitectura. Allí se concentró la ambicion mercantil por muchos años en los tiempos de barbarie; mas ahora en los modernos

del progreso, ha cundido por todas las calles y plazas de la ciudad. Los que habitaban ese castillo, alguna vez se denominaron pueblo soberano, y quitaron y pusieron gobernantes á su arbitrio. Sufrió varios ataques políticos y marciales, y en una ocasion en que fué saqueado, se vió muy cerca de perecer. Mas á todo resistió firme, como la roca á los embates de las olas; sin embargo, ¡oh condicion fatal de las cosas humanas! le llegó su hora inevitable, y ya puede decirse de ese castillo: *agut fué Troya.*

E.—¡Hola! ¿Con que perció?

G.—Sí, señor. Lo asaltaron las tropas enemigas que venian cantando aquel coro del Mahomet:

Del hierro, del fuego
En sangre sumida
La opuesta ciudad,
Al mundo su estrago
Ejemplo será:
Que al choque terrible
De nuestro valor,
Es vano oponerse
Con ciego furor.

E.—Y ¿los sitiados no se defendian?

G.—¡Ah caramba! Y bien que se defendian, como *gatos boca arriba*, animándose á la lid, cantando el coro que entonan los venecianos en la citada ópera:

Estremo recurso
Del fuerte es la espada.
No temo el peligro:
Se lidie, se caiga,
Blandiendo el acero,
Peleemos, muramos
En el árduo empeño.
El rival aprenda

Que es duro y difícil
 Vencer al que anhela,
 Morir con honor.

E.—¡Pobres sitiados! Me están dando lástima.

G.—Mas lástima tendrías si supieras las proezas de algunos de ellos.

E.—Cuéntame alguna.

G.—Venía entre los sitiadores un diablo atlético, á quien los demas llamaban diablo *Zurriago*, porque así como Hércules no combatía con lanza, ni espada, sino con un garrote, que tenía por nombre *clava*, así el *Zurriago* peleaba con un chirrion; pero ¡qué chirrion! Alcanzaba hasta donde quería su dueño, y hacia andar listos á los músicos de instrumentos, á los cantantes, y lo que es mas, á los compositores. Pero ¡ay! ¡se desgració en sus mas floridos años.

E.—¿Pues qué le sucedió?

G.—¡Qué le habia de suceder! Que iba entonando muy erguido aquella estrofa de una aria que canta *Romeo* en los *Capuletos*, que dice:

La tremenda, cruenta espada,
 A blandir *Romeo* se apresta,
 Y cual el rayo funesta
 Mil muertes esparcirá.

Pero todavía estaba con las semifusas en los labios, cuando salió del castillo una bala de á treinta y seis, derechita, derechita á la boca del estómago del pobre y malogrado *Zurriago*, el que quedó tendido en tierra cuan largo era; porque como las balas no son fruta que se puede digerir, hacen gran daño en el estómago.

E.—¿Lo sentirían mucho sus compañeros?

G.—¡Ah! sí, bastante, bastante. Luego que cayó, lo rodearon todos. Todavía resuella.—No resuella.—Sí, sí, aun dá señales de vida.—En efecto, volvió á cantar un poco; pero... no hubo remedio, murió. Sus compañeros de armas lloraron su temprana muerte, y para

templar su dolor cantaron las proezas del difunto, aplicándole esta aria que canta *Justiniano* en el *Belisario*:

¡O Dios de los ejércitos,
 Recibe eterna gloria,
 Porque en el campo itálico
 Tu ayuda dió victoria
 Al campeón impávido
 Que al godo derrotó!

Pero como los diablos todo lo hacen á la diabla, por mas cuidado que pongan en ejecutar bien las cosas, ahí tienes que se equivocaron, y por decir *que al godo derrotó*, dijeron *que al Diario derrotó*. Mira tú lo que va de *godo* á *Diario*.

E.—Ya... fué un *lapsus linguae*.

G.—Sí; pero que, en una escena tan seria y triste, hizo reír á toda la concurrencia.

E.—Todo entra en la diversion. Pero me está ocurriendo un escrúpulo, y consiste en que estos diablos entonaban cánticos invocando al Dios de los ejércitos, lo cual repugna á su carácter de diablos.

G.—Ese mismo escrúpulo ocurrió á *Sancho Panza* cuando aquel diablo correo, que venía de postillon de las tropas de encantadores que traían encantada á *Dulcinea*, respondió al citado *Sancho* que juraba en Dios y en su conciencia, que no habia visto á *Montesinos*, por lo que aquel dijo que sin duda en el infierno debia haber diablos buenos cristianos y hombres de bien. Eso mismo te contesto ahora. ¿Quién sabe si así como acá en el mundo hay entre los hombres de bien tanto diablo malo, allá en el infierno entre tanto diablo malo habrá algunos hombres de bien?

E.—Todo puede ser, decia *D. Quijote*; pero ¿para qué nos hemos de meter en teologías ni en casos de conciencia? Dejemos á los diablos con su crédito tal cual lo tengan, y no hagamos juicios temerarios de nuestros prójimos aunque sean diablos.

G.—¡Ojalá y todos obraran de ese modo! y no que nada se ve con mas frecuencia sino interpretaciones siniestras de la conducta é in-

tenciones de nuestros hermanos, ya llamándolos traidores, revoltosos, sediciosos &c.; ya suponiéndoles miras subversivas, ya asegurando que hablaron ó escribieron con este ó aquel objeto, contra éste ó aquel individuo. ¡Cuántas personas darán esas interpretaciones siniestras á esta conversacion que tenemos en este momento tú y yo con la mayor sinceridad y buena fé del mundo!

E.—Si así sucede, ya hemos dicho otras veces, que el que se quemare que sople, y por ahora cuéntame si por fin se rindió ó no se rindió el castillo.

G.—Pues ¿no se habia de rendir, si por todas partes le arrimaron catapultas, arietes, sapos y culebras? ¡Toma! se rindiera el castillo de Gibraltar. Vino á tierra, pudiendo decirse de él:

Urbs antiqua ruit multos dominata per annos.

Sus habitantes salieron de entre las ruinas *quebrando corazones*, y cargando sus penates para ir á fundar colonias en plazas y calles estrangeras, así como los troyanos abandonaron á su desgraciada ciudad la fatal noche en que los griegos la redujeron á cenizas.

E.—¡Cuánto podiamos moralizar con motivo de la ruina de ese castillo! Aun los edificios mas fuertes cuando están colocados donde incomodan, vienen á tierra, porque siempre la *razon* ha de triunfar de la *sinrazon*. Los edificios morales no están esentos de esta ley: pueden durar algun tiempo, y deslumbrar con su esplendor: todo el mundo los juzgará eternos; mas con admiracion de cuantos se alucinaron con su brillantez, sucederá lo que nos advierten las Santas Escrituras, *transivi, et ecce non erat*.

G.—¿Sabes que estoy por decirte lo que Sancho á D. Quijote?

E.—¿Qué le dijo?

G.—Que podia tomar, no un púlpito en cada mano, sino dos en cada dedo, é irse por ese mundo de Dios predicando lindezas.

E.—Vienen á veces tan por su pié algunas reflexiones, que no puede menos que insinuarlas siquiera aquel á quien le ocurren. Concluyó el paréntesis. Prosigue.

ESCENA II.

G.—Salon magnífico, rodeado de galerías para los espectadores: diablos literatos y políticos divididos en dos coros: la pieza que se cantaba era la última escena de la Clotilde. ¿Te acuerdas del argumento de esa ópera?

E.—¿No me he de acordar? Todo se reduce á que Sivaldo, tío de Isabela, la vistió con los adornos de Clotilde, para hacerla pasar por ésta y que se casara con Emerico.

G.—Perfectamente. Pues, como te dije, se cantó la última escena de esa ópera, sosteniendo los dos coros el contraste, unos defendiendo que Isabela era Clotilde, y otros que no era. Por fin ganaron éstos, y entonces en lugar del final que tiene esa ópera, le acomodaron lo que canta Hervey en la escena octava, del acto segundo de *Ana Bolena*:

Unánimes los Pares

El nudo regio sueltan,

Infiel declaran á Ana

Y á muerte la condenan.

E.—Bien hecho, bien dicho y bien aplicado. ¡Ojalá y lo mismo sucediera á todos los que nos quieren *dar gato por liebre*!

G.—Esto es muy comun respecto de las leyes, y mucho mas de las constituciones.

E.—¡Oh! De esas cosas vemos todos los dias. No hay constitucion que no la presenten sus autores adornada de las cualidades que debia tener la que de hecho hiciera la felicidad de los pueblos; pero por mas que las disfrazan aquellos, éstos siempre las desconocen y suspiran por la verdadera, la buscan con empeño; y cuando por fortuna la encuentran, condenan á muerte á las falsas, así como sucede en la ópera que has mencionado cuando aparece la verdadera Clotilde, y como iba á suceder en la república mexicana, cuando ciertos *Sivaldos* diputados querian darle una constitucion directiva central y ad-